

pos, hechos unos cadáveres ambulantes, y si por acaso veían llegar alguna persona, estaban obligados á avisarla de léjos con sus tablillas para que se apartase. Así pues, desamparados de todos, presa

«miento conllevar; é Dios facervos ha merced; ca magüer de cuerpo alongado, «en espíritu sodes cual nunca fuístes; é avredes parte é partida en todas las «preces de la Iglesia nuestra santa Madre, cual si entre el pueblo á los divina- «des oficios quotidianamente fincáredes. E tocante á vuestros livianos menes- «deres darán de mano las almas buenas, é Dios non vos ha desechar con tal «que andedes acucioso é bien sofrido; ca Dios mora en vos, amen.» Después de este consolador preámbulo, el sacerdote cumpliendo con la parte penosa de su ministerio, formulaba las terribles prohibiciones legales:

1.º «A vos comán de non entrar en igreja, ne en capilla, ne en cortijo, ne «en mercado, ne en aceña, ne en familiaridad de gentes.

2.º «A vos comán de non salir salvo en arreo de malato, á ese fin que vos «conozcan; de non andar á pies descalzos.

3.º «A vos comán de non vos lavar las manos nin al, en arroyo ni en fuente, «ni de ellas beber, é beber solo en vuestro cubilete ó escudilla.

4.º «A vos comán de non tocar á cosa que ajustedes ó merquedes, antes de «vuestra fincar.

5.º «A vos comán de non entrar en tabierna; é si mercáredes vino ó vos le «dieren, lo guardedes en vuestro cubilete.

6.º «A vos comán de morar solo con la vuesa mugier, é non otra tal.

7.º «A vos comán de non platicar con viandante, salvo á viento de yuso.

8.º «A vos comán de non andar en calleja, á ese fin de non dar con encon- «tradizo, á sospecha de lo lazdrar.

9.º «A vos comán de non pasar en pasage, é non tocar á sogá ne brocal, sal- «vo metidas luas.

10. «A vos comán de non llegar á infante, é de non lo festeiar.

11. «A vos comán de non yantar é non beber sinon en las vuestas escudillas.

12. «A vos comán de non yantar é non beber á compañía de al que de ma- «dato.»

Dicho esto el sacerdote tomaba un puñado de tierra del cementerio y la der- ramaba sobre la cabeza del enfermo diciendo: «Fina al mundo é á Dios naz. «¡Ah Jesús, el mi Redemptor! de polvo me fizó, é de corporal vestidura: re- «nascirme ha en la jornada postrimeral.»

Duras se hacen estas palabras al hombre que nació y vivió en medio de la sociedad y que ve rotas sus mas santas afecciones y destruidas sus mas nobles esperanzas; así es que el leproso quedaba sobrecogido, sin movimiento, como participando ya de la placidez del tránsito cristiano. Entonces el pueblo cantaba:— Agitados han sido mis huesos y mi alma conturbada, ¡alleluya! Señor, dispensadnos misericordia y volvednos la salud.—El sacerdote leía el Evangelio de los diez leprosos, y en seguida bendiciendo el traje y el pobre ajuar del leproso, íbale presentando cada objeto por este orden: (Al entregar el vestido llamado *husa*): «Hermano mío, recibe este traje, en signo de humildad, sin el «cual te prohibo salir en adelante de tu casa, en nombre del Padre, y del Hijo,

de los sufrimientos mas horribles, estos infelices llamaban la muerte como un gran favor.

Compadióse Dios de sus miserias; la Religion en su maternal ca-

«y del Espíritu Santo.» (Al darle el barril): «Toma este barril para guardar lo «que te dieren á beber, y prohibote, so pena de desobediencia, beber en los «rios, fuentes ó pozos comunes, ó lavarte en ellos de cualquier modo que fue- «re, ni mojar en los mismos tus ropas, chismes, camisa y demás de tu uso.» (Á las tablillas): «Toma estas tablillas en señal de que te está vedado hablar «con los que no te sean semejantes, salvo el caso de necesidad; y con ellas has «de pedir lo que te conviniere, apartándote de las gentes contra la direccion «del viento.» (Á los guantes): «Recibe estos guantes, sin los cuales no podrás «tocar cosa alguna que no te pertenezca, procurando que tus efectos no sean «tacados de los demás.» (Á la fiambreira): «Recibe esta fiambreira en la cual «guardarás lo que te dieren las personas caritativas, acordándote de rogar á «Dios por tus bienhechores.»

El ajuar de un leproso consistía en zapatos, escaarpines, sayo de camelote, *husa*, montera de camelote, dos pares de pañamanos, un barril con su embudo, cinto de correa, cuchillo, escudilla de palo, una cama de terliz, cabezal, manta, dos pares de sábanas, una segur, un cofre con llave, una mesa, una silla, una lámpara, una sarten, una bacía, cucharas de palo y un puchero para guisar la carne. Todos estos objetos groseros eran bendecidos y santificados por las preces de la Iglesia; y después el sacerdote cogía el leproso por su ropa y lo introducía en su celda diciendo: «Hé aquí mi reposo para siempre; en él «moraré, pues es el objeto de mis deseos.» Delante de la puerta se fijaba una cruz de madera y un cepillo, para recibir las limosnas que el fiel peregrino deponía humilde en cambio de las oraciones del enfermo solitario. El mismo sacerdote daba el ejemplo ofreciendo primero que nadie su limosna, y después seguía todo el pueblo.

Terminada esta ceremonia triste en parte, y en parte consoladora, los fieles regresaban á la iglesia precedidos de la cruz procesional, y allí se arrodillaban á escuchar la siguiente oracion que en voz alta dirigía el sacerdote al Dios todopoderoso: «Potente Dios, que por la paciencia de tu Unigénito soltaste el orgullo del antiguo enemigo, concede á tu siervo la necesaria paciencia para «llevar pia y sufridamente los males que pesan sobre él. Amen.» Y el pueblo respondía: «¡Amen! así sea.»

De esta suerte quedaban segregados de la sociedad los *cativos gratos al Dios bondoso*: dichosos si poseían virtud y resignacion, porque doquiera se les consideraba como personas muy elevadas en el órden moral. Desterrados en la tierra, privados de todas las ilusiones que generalmente embellecen la vida, y de todos los auxilios humanos que naturalmente la sostienen, los leprosos en su estado habitual yacían en una tristeza humilde y apacible. Nosotros, que ya no tenemos la fe de entonces, no alcanzamos á comprender lo mucho que hizo en pro de los que sufren la misericordia del cielo colocando beneficios hasta en los últimos límites de la desgracia. La Religion y la naturaleza encierran tesoros de sublimes fruiciones para aquellos miembros de la familia humana que el

ridad persuadió á algunos fervorosos cristianos, mancebos de noble cuna, á arrostrar los riesgos del contagio poniéndose á servir á los leprosos, y estos héroes, cuales el Paganismo y la herejía no los produjeron ni los producirán jamás, fundaron la caballería de san Lázaro; pero ¡admírenos hasta qué extremo la Religión llevó su solicitud á favor de aquellos pobres enfermos! Temiendo que el aspecto repugnante de su mal y el peligro de su contagio no retrajera de prodigarles todas las atenciones, esmero y cuidados que necesitaban, inspiró una cosa verdaderamente increíble: *El gran maestro de la Orden de san Lázaro, establecida para sanar y corregir la lepra, debía ser un leproso.* Y ¿por qué esto? porque habiendo sentido y sintiendo aun por sí todos los dolores del mal, tuviera mayor compasión á sus compañeros de infortunio, y mandara asistirles con mas celo, diligencia y solicitud: ¿no es esto un estupendo amor de madre? ¿Pudo la Religión ser mas ingeniosa, y la caridad de los caballeros penetrar mas en el fondo de las miserias humanas? Ese gran maestro de los lazarisitas, que debe adolecer del propio mal que hace curar en los demás, ¿no imita, hasta donde cabe en la tierra, el ejemplo del Salvador, que tuvo á bien aceptar todas nuestras enfermedades para ser mas simpático y sensible á nuestros dolores?

Esta regla fundamental de la Orden de san Lázaro dió margen á una cuestion que no tiene par en los anales de la historia. Obligados los caballeros á abandonar la Siria en 1233, dirigiéronse al papa Inocencio IV diciéndole: «Desde el origen de nuestra institucion, es ley entre nosotros elegir en gran maestro á un caballero leproso; pero ocurre la novedad de que los infieles han inmolado á todos los caballeros leprosos de nuestro hospital de Jerusalem; y

mundo hubo de desheredar. En la edad media se honraba á un leproso como á un confesor de la fe, y dábanse los dictados mas afectuosos á aquel pobre á quien el cielo misteriosamente consolaba. El amigo soberanamente fiel no abandonaba al infeliz leproso, comunicándole un secreto contento sin mezcla de turbacion; pues la dicha solo existe donde hay algo de celestial.

¹ Llamábanles *los enfermos del Dios bueno, los pobres queridos del buen Dios, las buenas gentes*, etc. Únicamente el día de Pascua podian salir de su encierro en memoria de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.

En una iglesia cerca de Dijon vimos uno de esos sepulcros de los leprosos. Allí es donde puede formarse idea del traje y porte del ajuar de aquellos infelices. Mr. Maillard de Chambure, conocido por su aficion á las antigüedades de Borgoña, hizo poner en los archivos un dibujo muy grande y exacto de este monumento curioso. (*Historia de san Francisco de Asis*, por Emilio Chavin, cap. 2).

«así, no pudiendo cumplir con el instituto, os suplicamos nos permitais elegir en lo sucesivo á un caballero sano.» ¿Qué va á responder á esta súplica el Vicario de Jesucristo? No osando decidir por sí si es mejor que se pierda la Orden que poner fin al milagro de caridad cuyo ejemplo ha dado, remite á los suplicantes al obispo de Frascati para que éste resuelva lo que crea proceder, examinado con madurez conveniente insiguiendo las miras de Dios ¹. Si estos hechos hubieran acaecido entre griegos ó romanos, todo el mundo se haria lenguas de ellos, se relatarian en prosa y verso, y nos los harian tomar de memoria desde la primera infancia; mas porque fueron obra de nuestros padres en la fe y los inspiró la Religión, se relegan al olvido y aun se permite vergonzosamente que los ignoremos!

Dios, que á la lepra oponia correctivos tan eficaces, no dejaba postergados los males espirituales de sus hijos. En una época en que la Europa entera iba y venia de Oriente, el fervor de muchos se debilitaba, la concupiscencia, estimulada por el escándalo, amenazaba aniquilar la obra de la redencion del ser moral contrayendo á lo sensible los afectos de su corazon: mas aun, los herejes se atrevian á levantar la cabeza y á proferir nuevas blasfemias. Como correctivo de tamaños males, y para dar nuevo impulso á la piedad, hacer reflorar la virtud, arrollar las herejías, y en suma, asegurar el triunfo á la Iglesia, Dios sacó de los tesoros de su misericordia un hombre, ¡uno solo! para que se vea cuán poderosos son en sus manos los mas débiles instrumentos; y fué este hombre san Bernardo.

² Modelo de virtud, apóstol de verdad, rey de su siglo, san Bernardo nació en el castillo de Fontaines, cerca de Dijon. Llegado apenas al mundo, su madre lo consagró al Señor, cosa por desgracia poco imitada, y que no tardó en dar sus frutos. Aunque niño, Bernardo amaba ya la soledad: dócil, afable, modesto, complaciente con todos, y en particular muy caritativo con los pobres, crecía en gracia delante de Dios y de los hombres á medida que avanzaba en edad. El favor que con mas ahinco pedia al cielo era de que nunca llegase á manchar su inocencia bautismal; y una vez que fijó sus miradas en cierto objeto peligroso, castigóse sumergiéndose hasta el cuello en un estanque helado.

³ Arguyendo por este lance cuán peligroso es el mundo, desde luego

¹ Véase Helyot, t. I, pág. 282.

proyectó dejarlo; pero como aun estuviera perplejo, acudió á la oración, y últimamente dió conocimiento de ello á sus padres. Opúsose la familia al principio, pero tanto hizo y tanto porfió que acabaron por darle el permiso deseado, y aun atrajo á su proyecto á sus hermanos. En un día fijado, salieron juntos para el castillo de Fontaines donde estaba su padre, al objeto de despedirse de él y recibir su bendición, dejándole para que le consolara en su ancianidad al hermano menor Nivardo, el cual, al salir ellos, estaba jugando con otros niños de su edad. — «Adios, Nivarcillo, le dijo el mayor, solo tú disfrutarás de nuestros bienes y haciendas. — ¿Cómo, respondió el rapaz con una penetración superior á su edad, para vosotros tomáis «el cielo y á mí me dejáis la tierra? la partición no es igual.» Sin fijarse en esta circunstancia siguieron su camino, permaneciendo el chico con su padre; pero años despues tambien éste dejó el siglo y fué á reunirse con sus hermanos.

Bernardo á la cabeza de treinta señoritos nobles que habia logrado atraer á Jesucristo, se encaminó al Cister, célebre abadía de Benedictinos fundada por Roberto, natural de Champaña, la que por estar sujeta á ciertas reglas especiales se considera como una segunda rama de la Orden de san Benito, siendo la primera la de Cluny, sita á cinco leguas de Dijon en la diócesis de Chalons. Antes que los religiosos llegasen á ella era un desierto escabrosísimo, fertilizado por una pequeña corriente, y el nombre de *Cister* parece que se le dió á causa de unas cisternas halladas en aquel lugar.

Los religiosos empezaron por desmontar el terreno y labrarse unos barracones de madera; y su vida no podia ser mas pobre y edificante. En alas de la fama, bien pronto se hizo público este nuevo asombro del desierto, y ¡cosa notable! apenas habia pasado medio siglo de su instalacion, ya contaba quinientas abadías, y otro medio siglo despues tenia mas de mil ochocientas, siendo sus cuatro primeras hijuelas la Ferté, Pontigny, Claraval y Morimond. Toda la Iglesia de Jesucristo estaba llena de la fama de santidad de estos nuevos religiosos, como del aroma de un divino bálsamo, y no existia ni país ni provincia por la que esta vid benedictina no hubiese extendido sus ramas ¹.

Al Cister, pues, dirigieron Bernardo y sus compañeros. Llegados á las puertas del monasterio, postráronse humildemente delante

¹ Helyot, t. V, pág. 347.

de ellas pidiendo se les admitiese en la comunidad, y san Estéban, que era abad entonces, los recibió con mucho amor y les dió el hábito. Bernardo contaba veinte y tres años: habiendo pasado á la soledad para trascordar el mundo y llevar una vida oculta en Dios, excitábase al fervor diciéndose á menudo: «Bernardo, ¿á qué has «venido?»

Fiel á la gracia de su vocacion, bien pronto sirvió de modelo á sus hermanos. Habiendo aumentado considerablemente el número de ellos, y ofreciendo el conde de Troyes fundar un nuevo monasterio, deputóse para tal empresa á Bernardo, con otros doce religiosos. Sigámosles en su expedicion, para saber de qué manera el Evangelio ha conquistado y civilizado el mundo. La piadosa colonia, precedida de la cruz de Bernardo, salió del Cister entonando salmos, y escoltada por Angeles y cobijada con la proteccion de los Santos, caminó muchos dias hasta llegar al desierto llamado *Valle de Absinto*, en la diócesis de Langres, sito en mitad de una antigua selva, manida harto frecuente de bandoleros. Allí plantaron la cruz y sus báculos de caminantes, y despues de tomar posesion de aquella tierra selvática en nombre de Jesucristo, barbecharon parte de ella, y se fabricaron algunas celdillas. ¿Quién ponderará sus privaciones y trabajos? No una, sino muchas veces, viéronse reducidos á la mas extrema necesidad; pero Aquel que mantiene á las avejillas del cielo no abandonó á sus servidores.

Los paisanos, admirados viendo su virtud, les auxiliaron y ayudaron á levantar un monasterio, de manera que todo cambió pronto de faz: el hórrido yermo se convirtió en risueña pradera hermosamente cultivada; la selva umbría en que solo resonaban los aullidos de las fieras ó la gritería de los ladrones, repitió los suaves acentos de las preces cristianas, pues mas de quinientos religiosos cantaban allí noche y dia loores al Señor, sin por esto olvidar el cultivo de la tierra y la asistencia á los pobres. Este monasterio y su valle tomaron el significativo nombre de Claraval, célebre y preclaro á la vez por el cambio recién operado por las virtudes angélicas de sus nuevos moradores y por la presencia de san Bernardo, el varon y el Santo mas eminente de su siglo ¹.

La fama del Abad de Claraval salvó bien pronto los límites del de-

¹ Las principales obras de san Bernardo son:

1.º Sus homilías sobre el Evangelio *Missus est*, en las que se contiene cuan

sierto en que se ocultaba, y puede decirse que la cristiandad entera fijó en él sus miradas. Consultado por reyes y papas que á él remitían la decision de sus mas arduos asuntos, vino á ser el alma de todos los consejos y de las mayores empresas de su tiempo. Él fué quien confundió los errores de Abelardo y de Gilberto de la Porrea, obispo de Poitiers; él quien predicó la segunda cruzada; él quien puso fin al cisma que dividia el Occidente; él quien defendió con no menos elocuencia que piedad las augustas prerogativas de la siempre Virgen María. Misionero á la par que hombre de Estado, recorrió en bien de la Iglesia y de los pueblos gran parte de Europa, predicando en Francia, en Italia y en Alemania; y por sus obras, su elocuencia, su celo y sus virtudes, fué llamado el último de los santos Padres de la Iglesia. Por fin, colmado de méritos, este gran milagrero murió en Claraval á los sesenta y tres años de edad, queriendo ser enterrado al pié del altar de la Virgen, cuyo tiernísimo devoto fué toda la vida, y el día 20 de agosto de 1153 el cielo contó un nuevo morador.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber atendido con tal ahinco aun á las necesidades temporales de vuestros hijos. Concedednos la caridad de los hospitalarios de san Lázaro, y la devocion de san Bernardo á María santísima.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rezaré cada día el ACORDAOS por los enfermos.

to quepa apeteecer de mas piadoso acerca el misterio de la Encarnacion y de María santísima;

2.º Su libro de la *Consideracion*, dirigido al papa Eugenio, que fué discípulo suyo, expositivo de todos los deberes propios de los superiores eclesiásticos. Igual es el concepto del tratado sobre los *Deberes de los Obispos*;

3.º Sermonario para todo el año.

«El discurso de san Bernardo, dice Sixto de Siena, rebose todo fuego y dulzura, y á un tiempo abrasa y encanta: su lengua es como un manantial del que brota siempre leche y miel, y su corazon como un horno del cual salen ardientes afectos que inflaman á los lectores.» La edicion mejor de las obras de san Bernardo es la de D. Mabillon, París, 1690, fielmente reproducida por los hermanos Gaume en 1840.

LECCION XXXIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XII).

La Iglesia atacada: herejías y escándalos; — consolada y defendida: Órdenes contemplativas; conversion de la Pomerania; — amenazada por el lado del Norte: prusianos; — defendida: Caballeros teutónicos; — por el lado del Mediodía: árabes; — defendida: Órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Avis; — alligada: esclavos en África; — consolada: Órdenes de la Redencion; san Juan de Mata.

El demonio, envidioso de la suerte de la Iglesia, suscitó en el siglo XII gran número de sectarios, los que por medio de sus errores y prácticas supersticiosas y ridículas tendían á desfigurar la hermosura de la Religión, alterar la fe y desvanecer el espíritu del Evangelio. Á esas obras de tinieblas opuso Dios obras de luz, cuales fueron las Órdenes religiosas contemplativas. Éstas, al mismo tiempo que purgaban el escándalo y el desorden, consecuencia del error y la supersticion, perpetuaban en su pureza el verdadero espíritu de los primitivos cristianos, salvando á la sociedad con la conservacion inmutable de las santas prácticas evangélicas, pues sus monasterios fueron otras tantas escuelas donde se encontraban las verdaderas condiciones de la piedad católica, y el modo como Dios gusta ser honrado. La mas célebre de estas congregaciones fué la de Fontevrault, planteada por el beato Roberto de Arbricelles, en cuya casa se criaron por mucho tiempo las hijas de los reyes de Francia ¹.

No solamente consoló Dios á la Iglesia conservándole en los monasterios gran número de hijos dignos de tan digna Madre, sino que le dió otros en sustitucion de los que el error le arrebatava. Trasladémonos á Alemania, donde siguiendo las pisadas de un ardiente misionero presenciaremos la conquista de un nuevo pueblo.

Vivia por entonces san Oton, obispo de Bamberg en Franconia, prelado recomendable á la par por su capacidad, elocuencia y celo

¹ Helyot, t. II, pág. 160, t. VI.